

PRÁCTICAS FORMATIVAS¹

EN LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN



San Agustín, Maestro espiritual

*Los creyentes no aplican sus oídos simplemente para oír,
sino para actuar. (Conf. XIII, 21, 30)*

En el proyecto sobre las *Confesiones*, los Ejercicios Espirituales se configuran en clave de una *búsqueda de la verdad que conduce a la conversión personal, la fraternidad en la comunidad de fe y el servicio a Cristo en su Iglesia* (Forcont, septiembre I, 2018). En consonancia, las Prácticas Formativas, tienen el objetivo de *consolidar el proceso de conversión en una experiencia de fe coherente y comprometida*. Su actividad se expresa a través de conductas metódicas que la persona elabora en privado y en público con otros. A medida que se afirman por la repetición, crean hábitos que proporcionan el sentido de estabilidad en un modo de vida orientado hacia Dios. En conjunto, los *Ejercicios y Prácticas* constituyen la disciplina que Agustín, Maestro espiritual, ofrece para un testimonio de pensamiento y acción en la vida cristiana. Este proyecto, como instrumento didáctico, es una contribución a la tarea de explorar y aplicar sus enseñanzas en retiros, grupos de estudio y otras iniciativas que respondan a las necesidades espirituales de nuestra época.

¹ Esta presentación resume, para el programa FORCONT, el contenido de los *Ejercicios Espirituales con San Agustín*, Editorial San Pablo (2016) (Print & Kindle / Amazon.com) que ofrece el texto completo con las “Prácticas Formativas”, esquemas para “diálogo interior” y una bibliografía selecta. Sugerimos al lector consultar la obra para una reflexión y experiencia más amplia.

La formación espiritual en las Confesiones

Agustín toma la decisión de escribir su historia después de un largo proceso de discernimiento en el que ha recabado el poder de la memoria y un diálogo interior con Dios para dar cuenta de la transformación que ha tenido lugar en su modo de pensar y de vivir. Su conversión se revela así como el inicio de una ardua tarea en la que se ha comprometido totalmente. Y es la que propone en las *Confesiones* a sus lectores de todos los tiempos (X, 4,6)²

Esa labor formativa, está basada radicalmente en las Escrituras que sirven de “espejo” en el cual uno puede conocerse a sí mismo y conocer a Dios. La palabra de Dios instruye y estimula a Agustín a “hacer la verdad” (X, 1, 1) y renovar la imagen de Dios en sí mismo como nueva creatura espiritual (XIII, 22,32; 23,33). En el proceso, se revierten las consecuencias de la dispersión recurrente que, Agustín reconoce, “es mi propia obra, por la cual yo deserte de ti para ir hacia mi propia ruina” (XIII, 1,1). Ahora, en cambio, ha descubierto que es posible “vivir más y más abundantemente en la fuente de la vida” (XIII, 4, 5).

Agustín sabe que la tarea es larga y no acabará durante el peregrinaje de la existencia temporal: “No me apartaré de ti hasta tanto me recojas, todo cuanto soy, de esta dispersión y deformidad, *me conformes y me confirmes* eternamente, Dios mío y misericordia mía” (XII, 16, 23). Pero la clave de este proceso no radica en el esfuerzo humano, sino en la disposición de apertura a la acción restauradora de Dios. Por eso insiste, desde el principio al fin de sus *Confesiones*, en “buscar, llamar, pedir” (Mt.7.7), con el fin de liberarse de los “residuos de oscuridad” en uno mismo y confiando en que la gracia de Dios los absorberá en su luz (XI, 2,2). De esa manera la vida se va “*formando*” de acuerdo con el propósito de su Creador y siguiendo *sus* caminos.

Agustín, a través de su vasta obra y en diferentes circunstancias de su propio desarrollo espiritual e intelectual recomienda una serie de prácticas que incluyen ayuno y limosnas, examen de conciencia, diferentes clases de oración, diálogo, corrección fraterna, varias formas de penitencia, abstinencia sexual, simplicidad de vida y otras. En las *Confesiones* descubrimos algunas prácticas fundamentales, entre ellas:

- (1) La construcción de una narración personal;
- (2) El silencio exterior e interior;
- (3) El acompañamiento espiritual;
- (4) La *lectio divina*;
- (5) La instrucción y el servicio;
- (6) La Plegaria contemplativa y comunitaria; y
- (7) La *Regla* de vida.

Aquí destacamos brevemente sus aspectos más importantes para integrarlos en la formación espiritual.

² Para los textos de las Confesiones consulto la traducción de José Cosgaya (Madrid: BAC, 1986) y la de Carolyn Hammond, edición latín-inglés, Loeb Classic Library 27 (Cambridge /London: Harvard University Press) 2016. Las citas aparecen en paréntesis sin el título, indicando libro, capítulo y párrafo.

Práctica 1: Narración personal.

Al ejercicio inicial de memoria corresponde la práctica de narrar, un proceso de reflexión cuyo objetivo es 'reconstruir, interpretar y dar coherencia' a los acontecimientos de la vida en la presencia de Dios. La narración personal es el hilo conductor que mantiene la continuidad en el peregrinaje espiritual que proponen las Confesiones.

En su análisis y comentario sobre los textos de la antigüedad Greco-Romana, Pierre Hadot observa: «El que quiere hacer progreso se esfuerza, por medio del diálogo consigo mismo o con otros o escribiendo, con el fin de mantener su reflexión ininterrumpida y llegar a la completa transformación de su visión del mundo, su propia interioridad y su conducta...y en virtud de ello, lo que era confuso y subjetivo se hace claro y objetivo»³.

Agustín, que se ha educado en esa tradición, la proyecta en sus *Confesiones* llevándola a una profundidad de observación y detalle de gran valor espiritual y terapéutico. El objetivo no es simplemente reconstruir su autobiografía, sino *hacer la verdad en su ser íntimo y en relación a Dios a través de una actividad que crea orden en su experiencia de vida*. Más aun, Agustín confía en que sus lectores imiten ese esfuerzo y desciendan con él a las profundidades de su ser y hagan la verdad de sí mismos ante Dios.

El modelo agustiniano

En el libro X de las *Confesiones* que explora a fondo su la memoria, Agustín nos revela un método en el que destacan tres fases importantes:

1. *Situarse ante Dios.*

Agustín adopta esa actitud de “presencia radical” ante Dios que marca la diferencia con toda otra actitud en el contexto de la intimidad del ser humano⁴. Y ahí se crea el espacio donde las preguntas de la voz interior se formulan con autenticidad: «¿Quién era yo y cómo era yo?» (IX, 1, 1) obliga dar una respuesta que no es tarea fácil: “Yo mismo no puedo comprender lo que soy” (X, 8, 15). No obstante se decide a escribir su historia con el propósito de dar testimonio, “no solo ante ti, Dios...sino también ante todos los que me acompañan, peregrinos conmigo en esta vida” (X, 4,6). Es una disposición que le ayuda a considerar su realidad como “una pequeña parte” de la creación de Dios y articular un conocimiento de sí mismo viviendo en diferentes fases de experiencia.

El punto de partida es una exploración de la memoria *en diálogo* con Dios: «Yo te consultaba sobre todas estas cosas y escuchaba tus enseñanzas. Sigo haciendo esto con frecuencia y me complace. Por eso, tan pronto como tengo posibilidad de liberarme de los quehaceres forzosos, me refugio en esta reflexión» (X, 40, 65). La narrativa de las

³ Hadot, P., *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid: Biblioteca de Ensayo, 2006. pp. 85, 195.

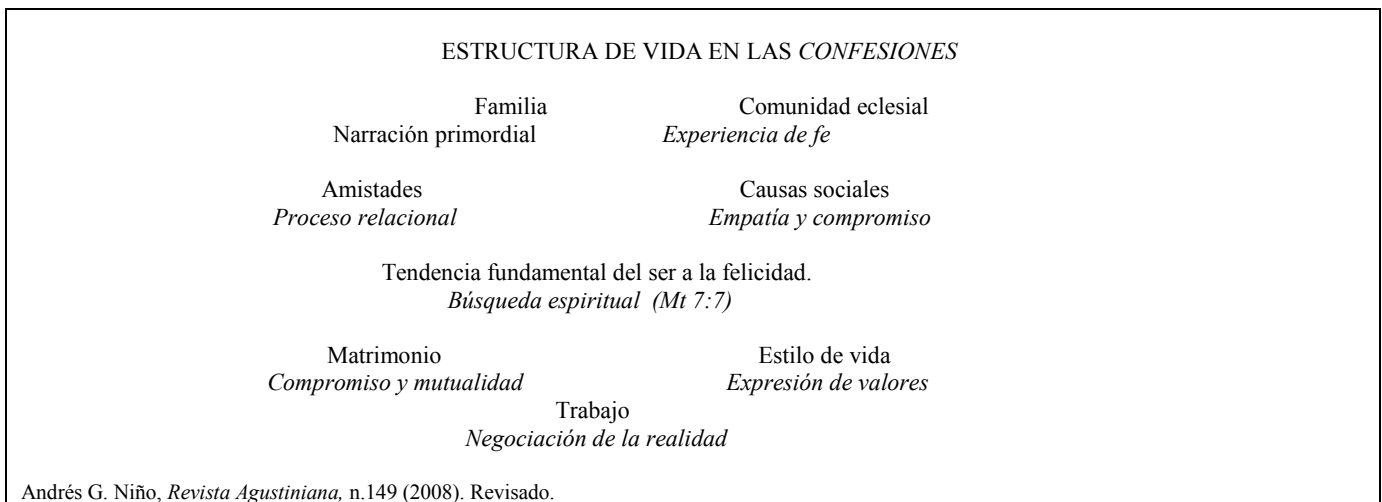
⁴ Presencia radical que abre el “sentido interior” a una realidad trascendente: *Cum ipso me solo coram te* –“solo conmigo en tu presencia” (IX, 4,7) como lo expresa Agustín en esta imagen insuperable.

Confesiones nos muestra cómo Agustín ha sido capaz de involucrarse en un proceso complejo de *búsqueda y compromiso* en el que adquiere madurez personal y construcción de significado. Más aun, consigue dar solidez y continuidad a todo a través de su relación dialogal con Dios. De ahí surge la conciencia segura del verdadero ser: «Esto es lo que yo soy» (X, 2, 2).

2. Estructurar la experiencia

La narración que proyecta Agustín revela una “estructura de vida” que incluye los elementos más importantes de su experiencia en un tiempo determinado. Cada uno de ellos encierra un entramado de factores, unos externos (eventos, contextos sociales, motivos, conflictos, influencias) y otros internos (significados particulares, motivos, conflictos) que resultan en una vasta complejidad. El misterio del ser humano al que se asoma Agustín al comenzar su obra.⁵

La práctica, toma su punto de partida en el esquema que proponemos aquí y sirve para explorar las cuestiones, problemas y exigencias que se han planteado en los componentes principales y en determinados periodos del ciclo vital.



El núcleo de la estructura, en esta perspectiva, es el ser en relación al mundo en que existe a través de la dinámica de los principales componentes. Su tendencia fundamental se orienta hacia la construcción de significado y transcendencia y en términos amplios se identifica como “la dimensión espiritual” de la persona. Con frecuencia esta dimensión se considera aparte, como algo privado, desconectada de los otros aspectos que contribuyen a su desarrollo o simplemente se ignora. Por el contrario, en las *Confesiones* vemos que *la búsqueda de la verdad y el orden del amor en relación a Dios determinan la coherencia interna y la felicidad de la persona*. El examen que realiza Agustín “haciendo la verdad”,

⁵ El concepto ‘estructura de vida’, deriva de la obra de Levinson, D. J., «A conception of adult development», en *American Psychologist* 41, 1 (1986) 3-14. Mi trabajo, integra en esa estructura la tendencia fundamental del ser hacia significado y transcendencia en la vida. Cf. Andrés G. Niño, ‘Assessment of spiritual quests in clinical practice’, *International Journal of Psychotherapy* 2 (1997), 193-212.

nos permite ver como la dispersión en que está envuelto afecta a los diversos componentes de su vida. Y las implicaciones que acompañan esa dinámica son significativas en el devenir de su experiencia. Desde ahí se comprende la importancia que Agustín confiere a los términos de “entonces y ahora” (X, 4, 6) con referencia al progreso en la madurez espiritual.⁶

3. *Una revisión selectiva.*

Agustín admite que su historia es selectiva: “Paso por alto muchos detalles, porque tengo prisa por llegar a aquellos puntos que más urge el confesarte, y de otros muchos no me acuerdo” (III, 12,21). Consiguientemente, al tiempo que nos da una *visión amplia* de eventos claves en cierto periodo de su vida, pone después su atención sobre *aspectos concretos* que revelan la naturaleza de su forma de pensar y sus afectos.

Para “hacer la verdad” se recoge en la intimidad con Dios y *recorre* los vastos espacios y mansiones de su memoria, evocando muchas cosas, imágenes y sonidos, olores y formas; *observa* también la vida de su cuerpo y la riqueza abundante de acontecimientos; *discierne y evalúa* cada uno de los descubrimientos que hace; *escruta* en detalle ciertos asuntos para considerar algunos de ellos y dejar otros aparte. Y concluye diciendo: “allí me encuentro conmigo mismo y me acuerdo de mis mismo, de lo que he hecho, del tiempo y lugar donde lo hice y de los sentimientos que tuve durante mis acciones. Allí están todas las cosas que yo recuerdo y que son fruto de mi experiencia personal o de referencia de otros” (X, 8,14).

Él nos instruye en esta práctica mientras su memoria revive experiencias analizando sus motivaciones en la acción y describiendo sus preocupaciones sobre la vida sexual, el amor, la muerte, las relaciones con personas y grupos, los descubrimientos de su búsqueda espiritual. Y sobre todo ello vierte los sentimientos más íntimos del corazón humano.

Historias personales.

Escribir, para Agustín, es una dedicación absorbente que mantiene la dirección de su peregrinaje y parte del proceso de transformación que va experimentando. El objetivo que lleva consigo marca una diferencia importante con otras formas de narrativa. Aquí, el ejercicio de interioridad se proyecta hacia la unidad con Dios a través de una actividad racional que ordena y reconstruye elementos en una forma visible. El resultado es una nueva experiencia humana y espiritual no solo para Agustín que la escribe sino también para el lector»

En esta práctica, la reconstrucción de la historia personal se encuadra dentro de una «reflexión dialógica», que inspira Agustín, como ejercicio de humildad y alabanza, de

⁶ Este “modo de ver” agustiniano ha tenido una gran influencia en historias de conversión. Cf. la antología de A. [Mandelker](#) y E. Powers (Editors), *Pilgrim Souls: A Collection of Spiritual Autobiography*. (New York: Touchstone, 1999).

progreso hacia el conocimiento de sí y de Dios. Su examen nos da una pauta para explorar con honestidad y presencia auténtica ante Dios «las muchas cosas que se recuerdan» (X, 8, 14) y «las que se dejan a un lado en silencio» (IX, 8, 17).

Aquí sugerimos seleccionar un período particular en la vida y trabajar sobre él, examinando la relevancia e impacto de sus componentes, eventos y conductas personales de más relieve. Después, pueden reformular las preguntas que hace Agustín (V, 3, 4) adaptándolas para uno mismo:

- ¿Cuáles son los componentes más importantes de la estructura de vida (fuentes de satisfacción y sentido) al presente? ¿En qué forma se relacionan entre ellos?
- ¿Qué eventos o situaciones han sido particularmente influyentes en las decisiones, cambios experimentados, progreso y pérdidas? Analizar las motivaciones que han llevado a la acción. Considerar el efecto de respuestas y conductas que se han producido en el ámbito de la propia existencia.
- ¿Qué modificaciones se imponen para alcanzar mayor coherencia interior, de acuerdo con la trayectoria de las Confesiones?

La forma en que uno negocia y llega a resoluciones, a través de esta tarea, constituye una respuesta genuina a la pregunta: “¿Quién soy yo?” que asume el discernimiento espiritual. Por eso no es necesario imitar el estilo confesional de Agustín. Nuestras historias son genuinas cuando adoptan una forma y contenido que refleja la peculiaridad de nuestra persona y sus circunstancias. Pero el objetivo será el mismo: situarnos ante Dios en diálogo y responder a su llamada.

La experiencia compartida.

La tarea individual puede ampliarse compartiendo en grupo las reflexiones y descubrimientos que se han hecho durante un diálogo. Esta opción es consonante con la actitud franca de Agustín respecto a sus lectores.⁷ Sin embargo hay que tener en cuenta sus reservas cuando abre su intimidad a gente que “son ávidos de averiguar vidas ajenas y tardos en corregir la propia”. El confía más en aquellos “con oídos abiertos por la caridad” (X, 3,3). En ese sentido, Agustín pregunta, “¿cuál es el provecho de confiar los pensamientos íntimos a “extraños...a gente que llega a saber de mí sin conocerme”? ¿Qué esperan ganar los que eso desean? Su respuesta es una sabia instrucción: “no es poco fruto, Señor Dios mío, si son muchos los que te den gracias y te rueguen por mi...que lo haga un espíritu fraternal...a esa gente me confiaré para que respiren en mis bienes y suspiren en mis males”. Los lectores se sentirán inclinados a orar con Agustín: “Tu que nunca abandonas lo que emprendes, completa lo que hay en mi de imperfecto” (X, 4,5).

A pesar de la importancia de recrear y contar la propia historia en los procesos de *identidad, restauración interior y madurez*, muchas personas no encuentran ocasiones

⁷ Agustín se anticipa a las consideraciones éticas sobre los riesgos que conlleva la comunicación en público de experiencias personales. Un tema que ha conseguido notoriedad en el mundo moderno por la incontrolable manipulación de las nuevas tecnologías.

adecuadas ni el ambiente favorable para esa tarea. Un retiro enfocado sobre el modelo agustiniano de esta práctica puede iniciar un trabajo de profundo discernimiento. La persona, al reconstruir e interpretar la propia existencia, que se ha formado en relación con otros y el mundo, expande los límites de su propia realidad humana y espiritual.

Práctica 2: Silencio interior.

Si la dispersión “esparce”, el silencio “recoge” las intimidades del ser humano. La práctica del silencio es una disciplina mental y afectiva que frena la compulsión a comunicar, a seguir un movimiento constante de imágenes y ceder a un raudal de sutiles invasiones. El silencio es un espacio en profunda libertad que el ser humano crea para la presencia de Dios en sí mismo.

Escribir las Confesiones detallando los acontecimientos que providencialmente lo condujeron a un encuentro con Dios fue para Agustín una tarea exigente y comprometida. El acto de escribir impone un despegarse del mundo externo cercano, una soledad de transición que facilita el descubrimiento de sí y la reflexión. Eso lleva consigo un esfuerzo de concentración que reúne en su complejidad todos los elementos cognitivos de la persona, hábitos y recursos internos. El objetivo es controlar el discurso interior y dotarlo de coherencia. La fuerza de la imaginación y afectividad debe armonizarse con el razonamiento para sostener un propósito elevado. En ello reside el carácter meditativo de toda la obra.

Recogimiento meditativo

El mundo alrededor ensordece con el ruido de un modo de vivir cercado por su materialidad. Sobre la “multiplicidad” de las vicisitudes en las que se derrocha el afán del ser humano domina una ilusión de permanencia que al fin se pierde en su inevitable transitoriedad. Agustín, con sus reflexiones enseña la importancia de una *liberación de lo externo*, haciendo notar los efectos de su pasada experiencia de vida “distraída”, “persiguiendo una multitud de cosas” (II, 2, 2)

En su historia recuerda con hondo sentimiento los años que pasó “vendiendo una palabrería destinada a persuadir a otros...sin querer engañar, enseñaba el arte de engañar” (IV, 2,2). Agustín enfatiza la necesidad del silencio que no es simplemente un rechazo de la comunicación verbal, sino una actitud que lo pone al servicio de la relación dialogal y atenta con Dios. Ya desde las primeras líneas de las Confesiones, Agustín lo expresa con humildad: “Permíteme que te hable, Señor” (I, 1, 1) y la narración que sigue anota su primer gran descubrimiento: Aquel que por un tiempo parecía “escondido, habitando en lo alto, en el silencio absoluto” (I, 18,29) se hace íntimo y habla con palabras que se pueden oír con “el oído interior” (XIII, 15, 18).

Eventualmente, Agustín sale del nivel de acción que domina el entorno de la vida ordinaria con su aglomeración de voces e imágenes, para «recogerse» en la zona de su interioridad (VII, 7, 11). Y en progreso constante, después de su conversión, se orienta con todo su afán hacia las ‘cosas de importancia’: «Mis bienes ya no eran externos... Los que se afanan por placeres y los buscan fuera de sí mismos fácilmente se dispersan por las cosas que se ven y son transitorias. No hacen sino lamer con imaginación famélica meras apariencias» (IX, 4, 10).

Al mismo tiempo Agustín realiza una *liberación de lo interior* que le permite situarse en la presencia de Dios: “cuando le invoco, le cito para que se presente dentro de mí mismo. Pero ¿qué punto hay en mí donde resida mi Dios? ...¿es que hay algún emplazamiento en mi persona con

capacidad suficiente para alojarte? ¿Acaso tienen capacidad para alojarte el cielo y la tierra que creaste y donde me creaste? ¿Por qué invitarte a que vengas a mí, si yo no existiría si tú no estuvieras en mí? (I 2, 2)

En ese espacio de libertad interior Agustín puede oír la voz de Dios que antes no era posible: “¿Tendré el atrevimiento de decir que tu guardabas silencio, Dios mío, cuando era yo el que me iba alejando más y más de ti? ...ninguna de tus palabras penetró en mi corazón” (II, 3, 7). Y se amonestará a sí mismo diciendo: “alma mía no aturdas el oído del corazón con el alboroto de tu vanidad...presta atención a la Palabra que te llama al retorno...al lugar del descanso inalterable” (IV, 11,16).

La atención.

La narración de las *Confesiones* se articula por la práctica del silencio y la atención a la voz del Otro que habla, inspira y puede ser oída, por el “sentido interior” del ser humano: “como uno oye una palabra en el corazón” (VII, 10, 16). Agustín aprende a percibir esa voz que suscita en sí mismo una respuesta “no con palabras de la lengua y la voz, sino con las palabras de mi alma y el clamor de mi pensamiento que conocen tus oídos” (X, 2,2; 6-9).

Agustín observa que la experiencia recurrente de fragmentación y dispersión es el resultado de que los seres humanos están condicionados por su temporalidad, en contraste con la eternidad Dios: “la energía vital de lo que estoy haciendo esta en tensión entre el pasado y el futuro”, a causa de “distracciones ansiosas” y “pensamientos desarticulados por cambios tempestuosos” (XI, 8,37-38). Esa temporalidad, sin embargo, puede trascenderse por medio de *la atención que perdura y está siempre presente* (XI, 26, 37). La experiencia que ofrece en sus *Confesiones*, procede de un movimiento de retorno y conversión desde la cual ha sido posible una liberación de trascendencia por medio de Cristo.

Y lo expresa detalladamente en estos términos:

“Él está como Mediador entre tu Unidad [Dios] y nuestra multiplicidad que se dispersa en muchas cosas y de muchas formas. Tu mano me sostiene firme en El ...para que yo me recoja de la dispersión de mis días pasados siguiendo al Uno, olvidando el pasado y sin ir a la zaga de las cosas futuras que un día pasarán, sino hacia aquellas que tengo delante... no distanciado sino recogido, porque no es por la distracción, sino por la atención, como yo camino hacia la palma de la vocación de lo alto, donde oiré la voz de la alabanza y contemplaré tu delectación, que no viene ni pasa (XI, 29,39).

La práctica del silencio robustece el deseo de trascender obstáculos externos e internos y desarrolla la capacidad de ser receptivo, escuchar atentamente y estimular el diálogo consigo y con Dios que da forma a su ser espiritual. Agustín resume esta experiencia con la expresión de profundo convencimiento y asombro: “Dios es más íntimo a mí que mi propia intimidad” (III, 6, 11) que se constituye como experiencia clave del estilo de vida cristiana.

Contemplación y alabanza

En la tradición Antigua que recibe Agustín, el individuo se ejercitaba en “ser parte de la naturaleza” con una excelsa visión del universo, “una forma nueva de ser-en-el-mundo” como ejercicio espiritual. Pero él lo hace en referencia al Dios Creador de las Escrituras desde las primeras líneas de las Confesiones donde Agustín, se reconoce “un ser humano mortal, pequeña parte de la creación” de Dios que sin embargo “desea alabarle” (I, 1,1).

La abundancia de imágenes que le ofrecen los salmos (s.148) inspira a Agustín una visión cósmica donde “La creación entera no cesa de alabarte...y eso es una invitación a nuestra alma para despertar y elevarse desde las obras que hiciste para acercarse a ti, su maravilloso Creador” (V, 1,1; VII, 13, 19). Y la expresión que lee en San Pablo, “lo visible de este mundo refleja lo invisible de Dios: su poder eterno poder y divinidad” (1Rom. 1:20) abre una perspectiva en las Confesiones en la que la creación se considera a la vez un velo en su materialidad y una revelación en la forma y belleza de aquel que es la “Belleza siempre antigua y siempre nueva” (X, 27,38).

Sin embargo, Agustín también clarifica algo importante: “las cosas creadas no hablan más que aquellos que saben preguntar no dejándose perder en la fascinación de su realidad visible... aquéllos que confrontan la voz que les llega del exterior con la verdad que está en su interior” (X, 6,10). En ese sentido la belleza de las cosas se percibe en autentica profundidad y significado desde una actitud contemplativa bien orientada y se expresa en forma de diálogo⁸.

Agustín, peregrino de Dios, que busca su imagen dentro de sí y en el mundo, llevado de su afán y profunda admiración, entabla un diálogo con las cosas creadas. Esa experiencia descubre el vasto panorama (XIII, 32,47) donde se integra la unidad esencial y el objetivo último de la creación entera. Agustín lo resume en un espléndido intercambio: “Todas tus obras te alaban para que nosotros te amemos. Y nosotros te amamos para que alaben tus obras”...“Cuando alguien ve tus obras a través de tu Espíritu, eres tú quien ves en él” (XIII, 31, 46-48)⁹. Su búsqueda contemplativa y atenta le sitúa no solo en el centro de todo lo creado sino también de la vida humana. En el proceso, tiene lugar una experiencia cósmica y mística en la que Agustín reorienta la aspiración de la filosofía antigua y la eleva al nivel de práctica contemplativa cristiana.

⁸ Es el principio que inspira y dirige toda creación artística y de la cual existe un tesoro inmenso en la tradición cristiana. A su vez sirve para despertar un diálogo con el observador de la obra de arte, lo que constituye una ‘práctica contemplativa’ de profundo impacto en la madurez intelectual y espiritual de la persona.

⁹ Agustín, en sus *Confesiones*, abre un camino por el que van a pasar en su ascenso contemplativo los grandes místicos cristianos posteriores Francisco de Asís y Juan de la Cruz. Y ofrece un paradigma para una nueva visión ecológica y espiritual de la creación. Arthur O. Ledoux (2005) “A green Augustine: On learning to love nature well”, en *Theology and Science*, v3: n3, 331-344.

Práctica 3: Acompañamiento espiritual

La práctica de acompañamiento espiritual enfatiza la integración que hace Agustín del diálogo interior y la consulta de personas con experiencia sobre la condición humana y los caminos de Dios. El objetivo es adquirir coherencia interna y perseverancia en el progreso hacia la conversión y madurez espiritual.

Agustín se describe a sí mismo haciendo una intensa y ardua jornada en búsqueda de la Verdad y la felicidad. En sus primeros años, aparece dejándose llevar indiscriminadamente por la influencia de personas y grupos que encuentra en el vaivén de su vida desordenada. Él hace preguntas pero no recibe respuestas satisfactorias. Tiene la oportunidad de conseguir honores, disfrutar de placeres y amistades, pero no encuentra felicidad segura. Al fin tiene que reconocer que su vida sufre la opresión de contradicciones internas y se encuentra moral y psicológicamente desorientado.

¿Cómo salir de esa situación? Agustín relata con detalles una experiencia formativa, en la mejor tradición de las prácticas espirituales de la antigüedad, que puede servir bien a sus lectores de hoy. Estos son los factores más destacados:

1. Reconocimiento de la propia situación. Es el punto de partida al que Agustín llega superando los vaivenes de la dispersión y abordando el retorno a Dios: “empecé a levantarme para caminar hacia Ti” (III, 4,7). Esa es la expresión clave en la que reside el potencial de un proceso terapéutico con valor trascendente. ¿Y de qué experiencia viene ‘arrastrándose’ hasta este momento?¹⁰ La descripción que hace minuciosamente en *Confesiones* (Libros I al V) es una desorientación moral al que se añade el fallo penoso de sus aspiraciones. Él dice: “Mi sueño dorado eran los honores, las riquezas y el matrimonio. Y tú te reías de mí... estas pretensiones habían puesto una carga de miseria sobre mis hombros y cuanto más caminaba más pesada se hacía (VI, 6, 9).

Para algunos, una experiencia semejante se convierte en un callejón sin salida detrás del cual solo espera la derrota total y el abandono al caos. La restauración del ser humano en profundidad es una tarea de gran alcance y con frecuencia los ‘arreglos’ que se hacen son superficiales. Las *Confesiones* dan testimonio de que el ser humano por sí mismo no puede realizar la tarea formidable de llegar a esa profundidad donde se unifica la voluntad en busca del “bien supremo” en la vida. Esa es la sanación que elude las intervenciones pasajeras que carecen de esa perspectiva.

2. Un consejero de experiencia. Agustín, el narrador de su pasada historia, pide a Dios que venga a él y lo alce para que pueda ver y comprender (I, 1,1). Dios no le falla y vino a él guiándole con su Providencia “escondida y misteriosa” hacia Cristo el Camino verdadero. En el proceso descubre que otros seres humanos pueden ayudarle a enderezar su derrotero y avanzar por ese camino. Agustín aparece como poco

¹⁰ La práctica clínica moderna asume esta actitud que Agustín describe en su historia como parte del proceso terapéutico sobre la condición del sujeto. Cf. Benner, D.G. “Intensive soul care: Integrating psychotherapy and spiritual direction”, en Sperry, Len & Shafranske, Edward P. *Spirituality Oriented Psychotherapy*, Washington D.C.: American Psychological Association (2005)

interesado en este recurso, pero su madre lo refiere a cierto obispo que de hecho reusa verlo. En su “buen juicio”, Agustín en ese momento no tenía “la disposición adecuada para aprender” y predijo que sería a través de sus propias lecturas como él llegaría a reconocer que se hallaba en un rincón sin salida (III, 12,21).

La situación, sin embargo, empezó a cambiar cuando en Milán se encuentra por primera vez con Ambrosio a quien al principio escuchará por simple curiosidad, atraído por la brillantez de su inteligencia. Pero más adelante, Agustín hace un esfuerzo para captar el contenido de su mensaje que gradualmente acaba por “entrar en su mente” (V, 14, 24). Pero admite que siente cierta reticencia considerando que Ambrosio no le concede “el tiempo y atención que él necesitaba”.

Más adelante, en el Libro VIII, ya muestra una motivación adecuada para involucrarse seriamente en el proceso de acompañamiento bajo la guía de un hombre de sólida reputación: “Tú [Dios] me inspiraste la idea de ir a ver a Simpliciano... hombre de mucha experiencia y muy ilustrado... Yo podría discutir con él mis inquietudes... él podría ofrecerme consejo adecuado para que una persona en mi situación fuera capaz de andar por tu camino (VIII, 1, 1).

3. El diálogo confiado y la empatía. Agustín da un paso más adelante hacia un encuentro propicio: “Con tal motivación me dirigí a Simpliciano a quien describí los caminos tortuosos de mi vida desordenada... A continuación él me recordó a Victorino... y me contó una historia que no pasare en silencio... (VIII, 2, 3). Por su parte, entra ahora en un diálogo confiado y presenta sus problemas sin reservas. El trato que recibe de Simpliciano impacta a Agustín reforzando su motivación a permanecer en el proceso de sanación interior (VIII, 3, 4-5). Desde aquí, el lector es testigo de cómo Agustín supera ‘el punto muerto’ en su situación y comienza a moverse desde una “incertidumbre inestable” a una “mayor certeza” de que “era posible desenredar el conflicto” (VI, 1, 1-3,4).

Las Confesiones son una referencia pedagógica de acompañamiento espiritual clásico - no como un tratado que explica y argumenta- sino como experiencia real de una persona que ha vivido los acontecimientos que presenta. Por eso no hay artificio de avances previsible, sino un caminar lento y penoso de auténtico peregrinaje. El lector es testigo de cómo Agustín supera ‘el punto muerto’ en su situación y comienza a moverse desde una “incertidumbre inestable” a una “mayor certeza” de que “era posible desenredar el conflicto” (VI, 1, 1-3,4).

En ese ‘contexto favorable’ el proceso de acompañamiento, si se lleva a cabo adecuadamente, puede ser efectivo y duradero. Un mentor con experiencia, utiliza los elementos de la historia personal haciendo preguntas, sugerencias, reflexiones y otras modalidades del gesto y el lenguaje asociadas con el encuentro conversacional humano. Agustín menciona ciertas habilidades que él ha observado en personas espirituales y promueven el desarrollo y el progreso: *empatía, maestría dialogal y buen juicio* (XIII, 23,33-34).

4. El deseo de imitación. La experiencia de los personajes que presentan a Agustín constituye una exhortación convincente a tomar decisiones valerosas y sostenerlas con la conducta. Es un proceso de “interiorización” en el que reflexiona y elabora una respuesta personal (VIII, 7-8). El tiempo que

transcurre entre la intervención del consejero y el hecho de sanación no es predecible. Sin embargo vemos como la estrategia de acompañamiento es efectiva en las Confesiones.

Agustín admite estar “profundamente motivado a la imitación”, actitud que el mismo cualifica como “una experiencia compartida con otros que están imbuidos del mismo entusiasmo y se prenden en la llama de unos a otros” (VIII, 4, 9-10). Esto extenderá su influencia a lo largo de su vida y llegará a ser la razón definitiva para escribir sus *Confesiones* que, a su vez, tendrá el mismo impacto en muchos de sus lectores a través de los siglos. Y efectivamente, la narración ha ejercido una influencia directa y documentada, tanto sobre los procesos de aprendizaje de conductas como actitudes que favorecen el desarrollo de creencias y cambios transformativos en la persona. Es un ‘caso histórico basado en evidencia’ relevante a la práctica terapéutica moderna.

5. El médico íntimo. Es el factor principal en la experiencia de acompañamiento en las Confesiones. En otro nivel, son las funciones empáticas atribuidas a Dios las que resultan ser el principal agente de cambio y progreso, conforme “el médico íntimo” (X, 3,4) provee experiencias correctivas, dirección, ilustración y libertad interior (IV, 15,24-27). Así, gradualmente, Dios va dando forma y vida interior a una “nueva criatura espiritual” (III, 6,10). Agustín lo expresa con absoluta claridad: “En ti esta nuestra reforma y nuestra fortaleza” (V, 1,1).

Paradójicamente, la acción de Dios que en un tiempo le ha causado el dolor que conlleva toda ‘reforma’ espiritual se convierte después en un grato recuerdo: “Me vienen a la memoria –y es dulce confesártelo Señor, los estímulos internos con que me fuiste desbravando, el medio de que te serviste para allanarme, reduciendo los montes y collados de mis pensamientos, cómo rectificaste mis caminos tortuosos y cómo suavizaste mis senderos abruptos” (IX, 4, 7). Esta actividad providencial que Agustín percibe como ‘gestos de empatía’ tiene una cualidad instructiva que sugiere sus lectores prestar atención en su propia experiencia.

6. Una respuesta en la continuidad. Las Confesiones abundan en detalles y aunque en un momento Agustín dice: “Esto es lo que soy” (X, 2,2) la narración es incompleta. Ese pronunciamiento en realidad implica que su *re-formación*, aunque no ha terminado, es ya un movimiento continuo de la decisión de vida que ha tomado. De ahí en adelante, se enfrentará a las cuestiones y conflictos que aparecen en varias formas siguiendo las vicisitudes de la vida real. Agustín es consciente “de mis conocimientos y mis ignorancias, los inicios de tu iluminación en mí y los residuos de mis tinieblas que persisten, hasta que mi debilidad quede absorbida por tu fortaleza” (XI, 2, 2). Este reconocimiento quizá sea la más alta expresión de sabiduría humana, que no es el resultado de capacidad intelectual, sino de la reflexión íntima en el dialogo interior con Dios.

Práctica 4: Lectio divina

En las Confesiones, la reflexión bíblica de Agustín se expande desde la primera página en que cita los salmos y las cartas de San Pablo hasta la última en que comenta el primer capítulo del Génesis. Y el lector, siguiendo esa actividad, no solo puede observar sino también experimentar un modo de 'lectio divina' entrando en la "asombrosa profundidad" de las Escrituras y asimilando la palabra de Dios con su poder transformativo.

La tradición que hoy conocemos como *lectio divina* se ha desarrollado a través de un largo proceso en la historia de la espiritualidad cristiana. Anteriormente, la lectura era una actividad predominante en la cultura Helenística y fue cristianizada por los Padres del Desierto por medio de una intensa dedicación a la lectura reposada de la Palabra de Dios en las Escrituras. Sobre la base de una exégesis alegórica, ellos dieron forma y contenido a las nociones fundamentales de la Cristiandad e interpretaron la Biblia Hebrea de tal forma que los principales personajes y acontecimientos eran referencia figurativa a Cristo y la Iglesia en el Nuevo Testamento. En esta línea, fueron Orígenes y Agustín los principales autores que difundieron en sus escritos las nociones primarias bíblicas y patristicas de *lectio divina* configurando una práctica espiritual ascética y formativa que se transmitió a la Edad Media como parte del "oficio divino". Y gradualmente se concretan en tres actividades: *lectio, meditatio, and oratio*, distintas pero estrechamente relacionadas¹¹.

La Iglesia ha mantenido esta práctica en todos los tiempos y modernamente la promueve en el ambiente del laicado Católico por la importancia que tiene para la formación cristiana. En este proyecto reconstruimos el modo de *lectio* en las *Confesiones* para aprender una forma de vivir con la Palabra sagrada.

Lectio

1. *Lectura atenta*. Al principio, las Sagradas Escrituras cristianas despiertan mera curiosidad en Agustín y las ojea simplemente "para ver qué es lo que allí había", pero reconociendo que aún "no estaba preparado para adentrarse en sus caminos ni involucrarse en su tema" [...] "Mi arrogancia se rebelaba contra su estilo humilde y mi agudeza intelectual no pudo penetrar su íntimo significado" (III, 5, 9). Pero hace una observación crucial en esta práctica: "ofrecían algo humilde al principio, cuando uno entra en ellas y algo más elevado a medida que uno avanza, algo velado en el misterio [...] algo que no es accesible ni al escrutinio del arrogante ni se descubre a la ojeada del principiante" (III, 5, 9; VI, 5, 8).

Uno de los descubrimientos importantes que Agustín hace en su jornada espiritual ocurre cuando observa al obispo Ambrosio leyendo "siempre en silencio" y con toda la atención sobre la palabra. En contraste con la tradición antigua, "sus ojos recorrían las páginas de un lado a otro, mientras su mente exploraba el sentido de las palabras, pero su voz y su lengua estaban calladas" (VI, 3, 3). La sorprendente escena y el largo comentario que sobre ella hace en las *Confesiones* revelan el valor de esta actividad.

¹¹ Brian Stock, *After Augustine: Meditative reader and the text*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2001, 105.

Agustín piensa “qué exquisitos gozos saboreaba y experimentaba su paladar secreto, el paladar de su corazón, cuando saboreaba tu pan” (VI, 3,3).

A partir de ese encuentro su actitud con respecto a la Palabra cambia y empieza a explorar su contenido: “Las sagradas escrituras me parecían tanto más dignas de reverencia y fe cuanto más accesible y cercana es a todos, aunque guardando sus misterios secretos para *una lectura más profunda*”. Ahora producen el efecto de “estimular su atención” y “acogerlo en el seno de su santa humildad” (VI, 5, 8). En la primera página de las Confesiones nos deja referencia de lecturas primordiales: los Salmos, los Evangelios y San Pablo que van a proveer inspiración y guía a lo largo de su trayectoria espiritual.

2. *Leer con referencia a uno mismo.* La inmersión gradual en las Escrituras lleva a Agustín a descubrir la riqueza espiritual encerrada en los *Salmos* leyendo detenidamente los versos y respondiendo a su contenido. El comentario que allí hace leyendo el Salmo 4 revela una profunda sintonía con su lenguaje: “quería que todo el mundo oyese el efecto que las palabras del salmo hacían en mi...yo intercalaba palabras en el texto del salmo...las decía a mismo, dirigiéndome personalmente a mí en presencia tuya y como expresión de los sentimientos íntimos de mi espíritu” (IX, 4, 7-11).

En los salmos es donde aprende a *escuchar* la voz de Dios que habla «al oído interior» (XII, 11, 11) y *responder* “con la voz de mi alma y del pensamiento que llegan a tu oído...calla la voz, clama el corazón» (X, 2, 2). Es un intercambio que Agustín ha cultivado en el silencio trascendente de su diálogo interior y la enseñanza más significativa de su búsqueda espiritual.

En la misma línea, Agustín escribe que en cierto tiempo “comenzó a leer con intenso interés” y a “saborear con reverencia” los escritos del Apóstol Pablo (VII, 21, 27). Desde ahí, va haciendo progreso hasta llegar a un momento crítico en el que, influenciado por la historia de Antonio en el desierto, Agustín abre el libro de la carta a los Romanos 13:13-14 y lee en «silencio y soledad» un párrafo “*como si las palabras que leía fueran dirigidas directamente a él*” (VIII, 12, 29). Eso causa una conmoción interior que le lleva a reconocer las profundidades de la condición en que se encuentra y a descubrir una forma distinta de conocerse que se extiende a las preocupaciones de orden espiritual y moral con influencia sobre todos los aspectos de la estructura de vida.

Esta forma de leer y apropiarse las palabras de la Escritura no es sutileza literaria sino el modo que caracteriza la *lectio* que hace Agustín en las *Confesiones* y la define como un acto de “*leer las palabras externamente y experimentar su verdad interiormente*” (IX, 4,10). Con ello pone la base a una práctica fundamental para la formación cristiana y las iniciativas básicas de nueva evangelización.¹²

¹² Los comentarios de Agustín sobre los Salmos y otros libros del Nuevo Testamento constituyen un núcleo de sabiduría espiritual para todos los tiempos. Los estudiosos tienen una tarea pendiente de ‘diseminación’ para ofrecerla *en forma accesible* a “los muchos” que buscan la verdad en nuestro tiempo. Benedicto XVI con su catequesis sobre Agustín ha dado ejemplo de esta ayuda que se debe a los creyentes para robustecer el Cuerpo de Cristo. .

Meditación (*meditatio*)

El lector que se acerca a las Escrituras “como si se refiriesen a sí mismo” tiene la disposición apta para establecer, a través de reflexión y preguntas, *un dialogo interno en busca de significados*. Pero, advierte Agustín, muchas páginas pueden aparecer “envueltas en la sombra” y su sentido puede que no aparezca evidente en la primera lectura lo cual puede causar frustración y desilusión. Esa fue su experiencia cuando comenzó a leer el libro del profeta Isaías y “lo puso a un lado de momento hasta que adquiriese más práctica en el estilo del Señor” (IX, 5,13).

1. Agustín sugiere, como la más efectiva, una actitud en la que se unen *la sincera motivación y la paciencia* para llegar a entender el mensaje de la palabra:

“Señor Dios mío, escucha mi oración... Que tus Escrituras constituyan para mí un encanto lleno de pureza. .. Dame espacio para meditar los secretos de tu ley. No cierres sus puertas a los que llamamos a ellas... Que a los ojos de tu misericordia les sea grato que yo halle gracia delante de ti, para que cuando llame, se me abran de par en par las intimidades de tus palabras (XI, 2, 3-4)

La práctica que aprendemos en las *Confesiones* infunde confianza de que el esfuerzo explorando “los misterios escondidos de la Palabra”, aludidos poéticamente en “los ciervos que se aventuran en los bosques cubiertos de sombra, donde se refugian, van y vienen, pastan, seestean y rumian” (XI, 2,3) no será en vano. Esa actividad trae beneficios a largo plazo para el mismo Agustín, porque las palabras de los salmos quedan grabadas en su memoria y facilitan una asimilación progresiva y profunda para examinar su propia experiencia. Algo que explica la transformación de su modo de vida con “una mente renovada”. Y así será también por sus lectores, a quienes aseguró en otro lugar: “Dios dispuso esta búsqueda de la verdad en las Escrituras de tal modo que el principiante no quede insatisfecho por falta de hallazgos y el sabio no se canse por la necesidad de seguir buscando.”¹³

Más aun, la meditación asidua de la Palabra descubre abundancia de significados que enriquecen su comprensión. Agustín intuye que están en el plan de Providencia “para revelar por su cuenta a los lectores del porvenir”... “En cuanto a nosotros, Señor, muéstranos ese significado o cualquier otro que te plazca y que sea verdadero de modo que, tanto si nos descubres el mismo que mostraste al autor [de la página sagrada] como algún otro con ocasión de aquellas mismas palabras, seas tú quien nos provea, y que no sea el error el que juegue con nosotros” (XII, 32,43). En otra ocasión reflexionando sobre el significado de un salmo, hace notar la diversidad de oyentes en su audiencia y para validar la experiencia de cada individuo afirma que: “Aun cuando nos alimentamos del mismo trigo, los sabores son distintos a cada uno” (s. 32. 12.v.5).

2. La experiencia meditativa se expande con *la metódica inclusión de notas personales*, una práctica antigua que conjunta la reflexión y la escritura y Agustín utiliza ya en los *Soliloquios*. Allí, la ‘*Razón*’ sugiere a Agustín que escriba las ideas que desbordan su memoria para que no se pierdan. Con esa ‘admonición’ Agustín ha transmitido a la espiritualidad occidental la práctica de escribir a

¹³ Doctrina Cristiana 2.6.8.

modo de meditación que se convierte en una selecta modalidad de ejercicio contemplativo y ejerce su influencia en el trabajo del ‘escritorio’ monástico medieval. El proceso sigue siendo útil para el ascenso meditativo del lector moderno.

El método de Agustín sugiere elegir una idea, frase o imagen y asociarla con otra tomada de otro texto que recordamos, poniéndolas juntas para reflexionar sobre ellas de manera que, de hecho, se consiga un ‘texto paralelo’ producto de la lectura y meditación personal que uno ha practicado. Así se acumula un repertorio de pensamientos y afectos que proveerá materia de examen y revisión útil en la formación personal y, particularmente, en la construcción de la propia narrativa que testimonie el progreso en la madurez espiritual.

Oratio

En las Confesiones *la oración surge espontáneamente del proceso de lectura y meditación en forma de diálogo interior con Dios ininterrumpido que construye la historia personal*. El movimiento de una a otra no es una secuencia de razonamiento o de propósito, sino que se produce alternativamente según la dinámica del pensamiento y los afectos. Agustín enfatiza este punto cuando comenta “Mi corazón esta distraído con muchos asuntos, Señor, y siente el impacto de las palabras de tu santa Escritura según las necesidades de mi vida” (XII, 1, 1).

Esa situación de fondo es el aspecto más cándido y humano que resuena en el interior de sus lectores. La atención cultivada a través de la lectura reflexiva y meditación genera pensamientos, preguntas y movimientos de afectos. Así, encontramos una variedad de formas que adopta su expresión con sentimiento de deprecación, espoleado por el recuerdo de su miseria como ser mortal que es “polvo y ceniza”, su pequeñez como criatura y la necesidad honda de atraer la atención y misericordia de Dios.

La *oratio* de Agustín que incluye *apropiación de las palabras de la Escritura* moldea la consciencia del que las usa. Cualquiera que sea el sentimiento del salmista: lamento, acción de gracias, esperanza o temor, penetra tan profundamente que llega a ser el de uno mismo. En realidad es la expresión sagrada en el salmo más que el individuo, la que orienta el contenido de la oración. En ese contexto es donde se realiza el encuentro del ser humano con Dios y donde surge el genuino diálogo.

Al comenzar sus *Confesiones* Agustín, pide a Dios que le “ayude a hablar” (I, I, I). En la práctica y a lo largo de toda su historia nos muestra que el lenguaje que le ofrece la Escritura es el más adecuado para expresar la experiencia de su peregrinaje. Y siguiendo a Agustín debe resonar en nuestra vida mientras caminamos “contando los días”: “Yo entraré en mi interior donde pueda cantarte canciones de amor mezcladas con gemidos mientras hago mi peregrinaje» (XII, 16, 23). Con su dinámica interna, la *lectio divina* que practica Agustín resiste la “inquietud” primordial y la transforma en “estabilidad” en Dios.

Practica 5: La instrucción y el servicio

Cristo aparece como el Camino que una vez hallado en la interioridad, encauza la vida entera de la persona. Él es también el único Maestro que enseña de palabra y obra y su mensaje exhorta a una reflexión continua. El discípulo bien instruido se identifica por el testimonio de su ministerio respondiendo a los otros en “las necesidades de la jornada”.

El título de ‘confesiones’ evoca la imagen de un asunto muy privado pero, desde el principio, Agustín abre una amplia perspectiva en la que exhorta a todos sus lectores a entrar en su intimidad y ver las “profundidades” desde las cuales tienen que invocar a Dios. En el proceso se adquiere un conocimiento de sí y de Dios que hace posible la unidad y fraternidad en el marco de la condición humana. Descendiendo como lo hace Agustín (Libros I-IX) se reconcilian los objetivos de una experiencia personal con las obligaciones hacia el prójimo en la comunidad humana (Libro XIII). A ese respecto las prácticas de ministerio proclaman el lazo inseparable entre “el espíritu que se cierne sobre la humanidad” y la vida de la iglesia peregrina con sus miembros que configura la intervención de Dios creando y reformando la nueva criatura espiritual.

Este servicio de ministerio presenta en las Confesiones varios modos especialmente significativos.

Solidaridad.

El ejercicio decisivo del retorno, punto de partida de la transformación que experimenta Agustín, no se reduce a vivir su fe en modo pasivo, sino que, trascendiéndose a sí mismo, se proyecta hacia a la existencia de los otros. Esto aparece claramente después de su bautismo. Al tiempo que expresa sentirse “aliviado del peso de su vida anterior” su pensamiento se eleva con otra perspectiva “Yo meditaba entonces sobre tu designio para la salvación de la humanidad” (IX, 6, 14).

En su visión de “los muchos” (XI, 29,39) que comparten su peregrinaje, a quienes Agustín considera sus “conciudadanos, compañeros de peregrinaje y hermanos... a quienes Tú me pides que sirva” (X, 4,6) define la esencia de la auténtica y básica solidaridad. Esta implica un “reconocimiento” de cerca, por el que uno se abre a la distinta realidad de otros seres aceptando e integrando su complejidad humana. A partir de ese gesto de empatía, que une ‘entendimiento y afecto’, se puede expresar, sin artificio, la comprensión que hemos alcanzado en todo encuentro con los otros y compartirla en diálogo constructivo con ellos. Esta disposición de solidaridad que demuestra Agustín es el fundamento de una espiritualidad profundamente encarnada en la que Dios es la referencia motivadora y definitiva.

‘Opera misericordiae’

En las Confesiones, Agustín nos permite ver cómo se envuelve en ese servicio a través de obras de misericordia, particularmente las que se incluyen bajo la noción de *hospitalidad compasiva*, derivada de su meditación sobre los versos del Génesis:

“Nuestra alma, Señor Dios, da su fruto y germina por orden tuya obras de misericordia según su especie amando al prójimo y ayudándole en sus necesidades materiales... Nuestra debilidad hace que nos compadezcamos de los necesitados y los socorramos, al igual que nosotros queremos que nos ayuden cuando de igual modo lo necesitamos... Compartamos con el hambriento nuestro pan e invitemos a nuestra casa al pobre que carece de techo. Vistamos al desnudo y no desdeñemos a nuestros semejantes... entonces vendrá la luz de la mañana sobre nosotros y por esta humilde cosecha de acciones llegaremos a las delicias de la contemplación asidos de la Palabra de Vida” (XIII, 17, 21-18, 22).

Estas obras están inspiradas por el ejemplo de Cristo hecho carne y ofrecidas por la “sincera voluntad del donante” como respuesta a “las muchas necesidades de la vida presente” que experimentan nuestros prójimos (XIII, 21, 29; 25, 38-27, 42). En la práctica, la persona desarrolla la capacidad de de-centrarse a sí misma, saliendo del reducto de intereses propios para ir más allá, al encuentro efectivo con los otros.

Enseñar y aprender.

El ministerio de Agustín afirma el principio, central a su conversión, de que Cristo es el único Maestro y Sabiduría de Dios que enseña “de forma admirable y misteriosa” (V, 6, 10). Así sugiere a los lectores de las *Confesiones* prestar atención y reflexionar sobre lo que Dios, a través de su experiencia, puede decirles a ellos mismos. En ese sentido, la narración que hace de su trayectoria personal es una invitación a buscar la verdad juntos puesto que todos somos discípulos del “Maestro único” (XI, 8, 10). Y al mismo tiempo nos anima a pensar que “escuchando juntos, escuchamos mejor y aprendiendo juntos, aprendemos más; siendo condiscípulos llegamos a ser mejor discípulos¹⁴. Esta actitud asume el facilitar *el conocimiento y la comunicación* a otros de temas principalmente “derivados del escrutinio de los misterios divinos” en los que se guarda la verdad de la Palabra (XIII, 25, 38) y nuestra propia verdad.

En el contexto de enseñar y aprender se incluye también *compartir los talentos* personales que San Pablo considera “dones concedidos a cada uno como recursos para la tarea del ministerio” (Ef. 4: 7-16). La experiencia de las *Confesiones* ofrece un ejemplo extraordinario de esta dinámica fundamental de la vida cristiana. En su historia Agustín introduce al lector un grupo de personas que juegan un papel de diversa índole en su vida, especialmente Mónica, Alipio, Nebridio, su anónima mujer, Adeodato, Ambrosio,

¹⁴ Chrétien J.L. *Saint Augustin et les actes de la parole*, (Paris: Presses Universitaire de France 2002) 109.

Simpliciano, Verecundo y Romaniano, No son el elenco de caracteres en una trama interesante. Sus nombres representan la viva expresión y riqueza de dones -sabiduría, piedad, lealtad, honestidad, consejo, valentía, generosidad, desprendimiento y amor humano en todas sus formas- todos recibidos del mismo Espíritu para beneficio de todos (XIII, 18,23)¹⁵. Ellos han compartido lo mejor con Agustín y la relación que han creado juntos es la forma más elevada de enseñar y aprender en el contexto de la vida ordinaria en la que se manifiesta la abundancia de la gracia de Dios. Los dones individuales son como versos de un poema, “parte de la totalidad de la vida de un ser humano y parte también de la humanidad misma” (XI, 28, 37). Todo ello constituye el sustrato de esa gran visión del “Cristo Total” realizándose activamente en el mundo¹⁶.

El ejercicio de mutualidad que lleva consigo esta práctica es distintivo de las enseñanzas de Agustín y tiene profundas implicaciones formativas como fuente de enriquecimiento y desarrollo en la dimensión humana y espiritual de la persona.

¹⁵ Las *Confesiones* incluye las breves historias de estos personajes a los que Agustín describe justificando el efecto que los dones que poseen hacen en él.

¹⁶ Michael Cameron presenta este tema en un excelente y comprensivo estudio, “*Totus Christus* and the psychagogy of Augustine’s sermons”, *Augustinian Studies* 36:1 (2005) 59–70

Practica 6: Plegaria contemplativa y comunitaria

La vida cristiana en peregrinaje necesita una fuente de energía constante y Agustín la encuentra en “la plegaria del corazón” que concentra los poderes del alma: ser, conocer y amar para contemplar la imagen de Dios en la interioridad de la persona. Es la práctica que recomienda a los que le acompañan en el camino (XIII, 11, 12) y da impulso a la plegaria comunitaria que expresa el hecho primordial del corazón humano «creado y orientado hacia Dios» (I, 1, 1).

En la meditación que hace en los libros X-XIII de las *Confesiones*, sobre la Trinidad y la Creación, Agustín exhorta: «Ojalá que la gente pusiera atención en la triada que tienen en su mismo interior - “*ese, nosse, velle*”- ser, conocer y amar» (XIII, 11, 12; 16, 19). Estos son los dones esenciales que la persona recibe del Creador y que permiten contemplar su imagen en uno mismo. Esto puede realizarse a través del diálogo interior con Dios que unifica esos poderes en un *proceso contemplativo* que conduce a “la fuente de vida” (XIII, 4,5).

Desde esta perspectiva se entiende que la práctica que recomienda Agustín es esencialmente distinta de la que proponen otros sistemas de disciplina mental¹⁷. Aquí está relacionada con la actitud de la persona en ‘presencia radical ante Dios’ que “está en lo más alto y a la vez cerca, sumamente secreto y presente” (VI, 3,4). Agustín, sobre esa base, nos propone una *plegaria del corazón*¹⁸, que conjuga tres elementos distintos, pero íntimamente relacionados.

1. “Esse”. **Existir en la presencia de Dios que es el Creador**, interiorizando esa consciencia primordial con la que comienzan las *Confesiones*: “Oh Señor, tú nos has creado orientados hacia Ti» (I, 1, 1)... «Yo no existiría si tú no estuvieses en mí» (I, 2, 2)... «Tú eres la vida de mi alma... y de todas las almas» (III, 6, 10). Existir con presencia auténtica ante Dios en la que la atención fija abre el ‘sentido interior’ y causa un anhelo de transcendencia que engarza los avatares de cada día: «Te invoco Dios, misericordia mía, que me has creado y que no me has olvidado cuando yo me había olvidado de ti. Te invoco para que vengas a mi alma a la que preparas para que te acoja con el deseo que le has inspirado... He aquí que existo por tu bondad” (XIII, 1, 1). Agustín adopta así *la disposición de ser en Dios* totalmente.

2. “Nosse”. **Desear el conocimiento de Dios y uno mismo** es la aspiración de la búsqueda espiritual de Agustín «Dame, Señor, saber y comprender» (I, 1, 1). Agustín desea conocerse, no en abstracto, sino con un destino propio en el plan de salvación de Dios. Un conocimiento íntimo, personal: «¿Qué eres tú para mí? ¿Qué soy yo para ti?» (I, 5, 5) que recoge la infinidad de sentimientos y movimientos del corazón» (IV, 14, 22), honesto y profundo: «Señor, ante ti dejo al descubierto lo que soy» (X, 2, 2; 5, 7).

¹⁷ En esta amplia categoría se encuentran la ‘Meditación Transcendental’, ‘*Mindfulness*’ y varias modalidades de ‘Zen-Budismo’ entre los más conocidos. La propuesta que ofrecen deriva de sistemas filosóficos o espirituales de raíz oriental y su acogida en las últimas décadas coincide con el debilitamiento de las prácticas religiosas tradicionales en el mundo occidental. Es un fenómeno que sugiere revitalizar la tradición contemplativa cristiana en programas de educación y formación cristiana.

¹⁸ El más adecuado calificativo y distintivamente agustiniano. Carol Harrison, hace referencia al mismo en *The art of listening in the Early Church*, Oxford: Oxford University Press, 2017

El imperativo de conocerse a uno mismo proyecta la incomprendibilidad del ser humano en el incomprensible misterio de Dios: «Qué soy yo Dios mío, cual es mi naturaleza?» ... «Hay profundidades en el hombre que ni siquiera conoce el espíritu del mismo hombre» (X, 17, 26)... «Lo que sé de mi lo sé, porque tú me iluminas, y lo que ignoro de mi lo ignoro hasta que mis tinieblas sean como el mediodía de tu rostro» (X, 5, 7). El mismo deseo le hace exclamar: «Conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces» (X, 1, 1). A medida que este deseo crece, la luz de Dios disipa las tinieblas de la condición humana, «hasta que mi debilidad quede absorbida en tu fortaleza» (XI, 2, 2). Esta es *la apertura radical a Dios* que descubre la verdad de uno mismo en el espacio de la libertad transformadora de la fe.

3. “Velle”. ***Permanecer en la unidad interior con Dios***: Agustín resalta la necesidad no sólo de buscar a Dios, sino de *adherirse a él, centrarse en él, acoplarse a él*, hacia una experiencia que remedia la inquietud del corazón, pues «aunque los humanos son de por sí mudables, cuando se anclan en Dios adquieren estabilidad» (IV, 12, 18). «Mi bien es mantenerme unido a Dios, porque, si no me mantengo en él, tampoco podré mantenerme en mí» (VII, 11, 17)... Lo que ahora deseaba no era una mayor certeza de ti sino una mayor estabilidad en ti» (VIII, 1, 1).

Ese deseo persiste y se proyecta en momentos de presencia intensa a sí mismo y ante Dios. Como en su reflexión sobre el salmo 4 que dice: «Tú eres el Ser mismo, estable, y en ti se encuentra la quietud que se olvida de todos los afanes... porque no hay necesidad de ninguna otra cosa que no seas tú. Eres tú, Señor, quien con esa esperanza me afirma en la unidad» (IX, 4, 11).

Gradualmente la estabilidad conduce a la unidad en la relación con Dios. Y se refuerza el impulso hacia el más allá, como cuando Agustín explora el misterio de la memoria dejándose llevar por la fascinación de su misterio vasto y abundante. Aquí intenta liberar ataduras sensibles, «como si estuviera callado el alboroto de la carne, y calladas también las imágenes de la tierra, de las aguas y del aire... y callada el alma misma, remontándose sobre sí, no pensándose... de modo que uno oiga su palabra...» Agustín desea de algún modo conectar “la divina sabiduría en un pensamiento fugaz... en un instante de conocimiento” y de algún modo ser “arrebatado, absorbido y escondido”... (IX, 10, 25-26). ¹⁹Aquí el existir y el conocer convergen en el amor: «Has herido mi corazón con tu palabra y te he amado» (X, 6, 8). He ahí *la unidad en Dios*, en la que el corazón humano encuentra su descanso.

La plegaria del corazón crea el espacio interior donde se unen la ‘memoria de sí’ y ‘la memoria de Dios’ en un gran silencio contemplativo.

¹⁹ Kenney, J.P. ofrece un excelente análisis esta experiencia en *Contemplation and classical Christianity. A study in Augustine*. Oxford: Oxford University Press. Especialmente, (2013) 61-92.

Salmodia comunitaria

Agustín fue testigo privilegiado de cómo los fieles de la iglesia de Milán establecieron la práctica de cantar himnos y salmos «en la cual encontraban consolación y estímulo... haciendo resonar al unísono sus voces y sus corazones» (IX, 7, 15-16). La voz del salmista encuentra su eco en el canto de los que se reúnen alabando a Dios. Agustín lo recuerda: «Incluso ahora siento la emoción de los primeros tiempos, aunque más que por el canto, por los temas de los mismos... cuando se cantan con una voz nítida y una modulación pertinente, estimo, una vez más, la utilidad de esta práctica» (X, 33, 49-50).

La importancia de esta plegaria comunitaria para Agustín radica en que *Cristo es la figura central de los salmos* y en su recitación los creyentes establecen una comunicación de significado espiritual e histórico con las generaciones que les han precedido en la fe. Es la plegaria de todos los miembros en unión con la cabeza que es Cristo, *totus Christus*, orientados hacia Dios que es grande y digno de alabanza (s. 47:2).

Los salmos, en la más acertada analogía, son “espejo” donde nos miramos para reconocer nuestra realidad ante Dios y nos ayudan a dialogar el impacto de nuestros afectos y experiencias de cada día. Más aún, con su inspiración sagrada arrojan luz no solo sobre el tiempo vivido que guarda la memoria sino también sobre el camino que tenemos delante por andar. Quizá por esa razón tienen un valor espiritual y terapéutico que los hace populares incluso en la cultura moderna. En este sentido, *la recitación tradicional de Laudes y Vísperas* es ya una práctica utilizada beneficiosamente por grupos de laicos cristianos como elemento de cohesión en su vida diaria. En este proyecto, es parte integrante del carácter comunitario de la formación que imparte Agustín, Maestro espiritual.²⁰

²⁰ El objetivo es instaurar esta práctica en iniciativas pastorales. Andrés G. Niño, osa. *Salterio del Peregrino* (Augustiniana.com) construye, en torno a un canon de salmos, un ciclo breve de Laudes y Vísperas con textos selectos de las Confesiones.

Practica 7: La **REGLA** de San Agustín

*El testimonio cristiano en el mundo consiste en adoptar un estilo de vida que consolide el compromiso de la conversión cristiana como respuesta a la llamada de Dios. Para ese fin, Agustín ofrece una Regla cuyos principios son fundamento de vida monástica y también recurso de formación espiritual para el laicado en nuestro tiempo.*²¹

La dinámica formativa de las prácticas precedentes converge con particular intensidad en la visión que Agustín proyecta en su *Regla*, quizá la más antigua (397) en la tradición de Occidente y rica herencia para los muchos que han seguido su camino espiritual a través de los siglos. Su redacción coincide con la composición de las *Confesiones*. Originalmente dirigida a los que deciden vivir como “siervos de Dios” fue adoptada en la comunidad del monasterio que Agustín estableció adyacente a su Basílica en Hipona.

La Regla se distingue, además de su inspiración bíblica, por su claridad, profundidad y relevancia en los principios que deben guiar la vida de los “*amigos de Dios*”. Esta característica universalidad se fundamenta en que la vida humana está encuadrada en el plan de Dios, el gran diseño de los principios y los finales, y se mueve bajo el imperativo del «retorno al origen» en el que encuentra su trascendencia definitiva. Pero también está sometida a un flujo de cambios y experiencias que desafían la voluntad de seguir el Camino que allí conduce que es Cristo. El peregrino que camina con Agustín no permanece pasivo ante esa realidad. Al contrario, se ejercita en crear un orden en la temporalidad en que vive. La *Regla* de San Agustín provee instrucción para llevar a cabo esa tarea en la que se implican valores humanos y espirituales.

Aquí, por razón de brevedad, destacamos los que tienen relación estrecha con un propósito formativo: *comunidad, desprendimiento, corrección fraterna, concordia y oración*. En su amplio contenido se encuentran aspectos teológicos, psicológicos y sociales para una reflexión continua en profundidad.

Comunidad

En un momento crítico de su vida Agustín se hizo a sí mismo una pregunta acuciante: “¿Por qué somos tan lentos en abandonar las ambiciones mundanas y aplicarnos con decisión a la búsqueda de Dios y una vida feliz? (VI, 14, 24).²² La respuesta práctica fue el proyecto de una comunidad que reuniría un grupo de individuos motivados para “servir a Dios” como aspiración primordial en sus vidas después de la conversión (IX, 4, 7). Una vez reunidos en “el lugar adecuado” Agustín formaliza su propósito redactando una regla de vida.

²¹ Las citas que se refieren a la *Regla* van abreviadas (RA) y seguida del capítulo. El texto íntegro puede encontrarse en www.augnet.org que ofrece fuentes bibliográficas para una exploración detallada de la obra. Los comentarios a la *Regla* son numerosos y ofrecen perspectivas diversas. Una bien fundada y lúcida en Pio de Luis, OSA, *Teología espiritual de la Regla de san Agustín*, Valladolid/Madrid: Estudio Agustiniiano/Ciudad Nueva 2013.

²² En el monasterio de Tagaste 388-391 y después de la ordenación como Obispo de Hipona, adjunto formalmente a su Basílica.

Las primeras palabras y exhortación de la *Regla* “vivir juntos en armonía en Dios, con unidad de mente y corazón” hace eco al relato edificante de los Actos de los Apóstoles sobre el estilo de vida de “la multitud de los creyentes” (4:32-35). Aquí, “la casa”, el contexto externo de vida, toma su sentido del propósito de buscar a Dios en una experiencia común de ayuda y servicio mutuo. La *Regla* pone un énfasis limitado en prácticas ascéticas, tales como “ayuno y abstinencia para dominio de apetencias carnales” (RA 3) pero mucho más en otros aspectos que atañen a las personas en sus relaciones y compromisos en la comunidad.

La *Regla* llama la atención sobre asuntos de principio que, en el amor de Dios, trascienden toda forma sutil de arrogancia o percepciones superficiales que se filtran en el pensamiento de la persona. Y cita como ejemplo: “los que tuvieron una posición importante en el mundo no deben mirar con desprecio a sus hermanos que vienen de una condición pobre...al contrario, deben considerarse dichosos de convivir con ellos” (RA 1). Las aspiraciones terrenas y el orgullo “acechan a las mismas obras buenas para hacer que perezcan” (RA 1,8). Para vivir con ‘un alma sola’, es necesario caminar al lado, al mismo nivel y en la misma dirección. La vida común exige un ejercicio constante, para negociar las diferencias que existen entre los miembros de la comunidad en relación a su origen, necesidades, salud y otros factores semejantes.

El hecho de que los hermanos se reúnen para vivir en armonía con el propósito común de ‘buscar a Dios’ no garantiza buenos resultados a no ser que se realice en la experiencia de cada día. Agustín menciona algunas situaciones inevitables en la convivencia humana, como roces, confrontaciones y disputas. Consiguientemente, llama la atención sobre el principio de la mutualidad en el amor en Dios que debe fortalecer el entramado de las relaciones comunitarias. Y a propósito, subraya la importancia de aprender a resolver esas situaciones a tiempo y con una disposición genuina: “Si alguien ha herido a otro por medio de burla o malas palabras o falsa acusación debe acordarse de poner remedio disculpándose lo antes posible y el que sufrió la injuria debe perdonar sin más discusión...no debéis retraeros de ofrecer reparación con los mismos labios que causaron la herida...pues no es mundano sino espiritual el afecto que os debéis los unos a los otros.” (RA 6).

Desprendimiento

La *Regla* se hace eco de la llamada al desprendimiento en el evangelio, dirigida a todos los que se consideran como ‘viviendo en el mundo, pero sin pertenecer al mundo’ (Jn. 15:19). La instrucción de ‘procurar que todas las cosas sean comunes’ se refiere a todo aquello que originan las “necesidades que pronto pasan”. Y añade: “los que poseían algo en el mundo deben alegrarse de que todas esas cosas pasen a ser propiedad de la comunidad”...y aquellos que no las tenían no deben buscar en la comunidad lo que no pudieron tener fuera” (RA, 1) Es un requerimiento básico que Agustín ya consideró en su primera iniciativa de vida común. (VI, 14, 24) pero ese objetivo no es fácil de alcanzar porque está en flagrante contraste con la tendencia de los humanos a adquirir, acumular, retener y apegarse a sus pertenencias.

Agustín, establece sutilmente otra dimensión de lo “propio” cuando indica que: “Todo trabajo debe hacerse por el bien común, con más interés y perseverancia que si cada uno trabajase para su provecho” (RA 5). En ese ámbito hay que incluir también otros factores que tendemos a proteger celosamente, como proyectos, habilidades, tiempo y en general aquello en lo que ponemos atención y afecto con tono exclusivo. Lo que uno guarda interiormente tiene características e implicaciones complejas en la conducta como dan a entender varias observaciones que hace al respecto.

Para conseguir que “todas las cosas sean comunes”, como propone la Regla, uno tiene que adquirir una actitud que *discierne, evalúa, prioriza y razona interiormente* sobre esas “cosas” de la vida ordinaria con una referencia trascendente. Solo así se puede encontrar el significado de que “es mejor tener poco que necesitar mucho” (RA 3). Con ese adagio Agustín nos abre el horizonte de la *simplicidad* como el objetivo más elevado del desprendimiento. Es un reto que resulta cada día más difícil de llevar a la práctica en el mundo moderno donde solo una minoría aprecia su valor transformante. Agustín revela en este principio una virtud consonante con el concepto de “la vida en peregrinaje” (X, 5, 7) en la cual se impone el caminar con carga liviana.

Corrección fraterna

La *Regla* instruye con especial cuidado sobre la necesidad de la corrección fraterna que, en sí misma, es un arte inspirado por la caridad y centro del ámbito relacional entre Dios y los seres humanos. Aquí, la exhortación fundamental exige “prevenir que un mal crezca desde el principio para evitar que la persona sufra de un mal más grave en el corazón”... “Y uno no será inocente si guardando silencio permite que perezca el hermano” (RA 4). Al mismo tiempo, sugiere dar espacio a la persona para reflexionar y cambiar de conducta. En esa línea, señala igualmente tener sumo cuidado con los pasos que deben seguirse al respecto, tales como avisos, consultas y razonables correcciones, “como si uno tratase a una persona herida y necesitada de remedios... con amor por la persona y odio del pecado” (RA 4).

Aun cuando la situación requiera una intervención enérgica y dolorosa, uno debe evitar invadir sin consideración la intimidad del ser humano provocando un sentimiento de vergüenza destructivo. Agustín, con gran sensibilidad, recomienda antes de nada, que la corrección se haga en privado, de tal modo que “la falta cometida no llegue al conocimiento de los demás” (RA 5). La intención es confrontar el error pero en tal forma que proteja la ‘propia estima’, un elemento básico de recuperación en la persona.

La corrección fraterna es más delicada cuando se trata de mantener una *disciplina afectiva* en la comunidad. Podemos verlo en las observaciones que Agustín hace sobre las miradas, los deseos, y los gestos recíprocos que delatan formas sutiles de un desorden interior. Sus instrucciones establecen la “pureza de corazón” evangélica como el principio que debe guiar la actitud interior y la conducta exterior. El menciona específicamente “la mirada’ y

‘el fijar los ojos’ que evidencian el deseo desordenado y enfatiza: ‘no digáis que tenéis un mente casta si no tenéis unos ojos castos’ (RA 4). Solo Dios ve el fondo del corazón humano (X, 8, 15) pero Agustín espera que sus amigos eviten caer en su propia decepción recordando que “Dios ve con paciencia tan grande como su sabiduría” (RA 4).

En estas instrucciones se aprecia el profundo discernimiento de la condición humana que tenía Agustín y la ecuanimidad de su juicio cuando se trata de consecuencias que afectan el bienestar de los hermanos.

Concordia

La estabilidad comunitaria depende de la concordia entre los que están constituidos en autoridad y los que han aceptado la disciplina de la obediencia. La Regla, compromete a la comunidad entera con el principio de que unos son responsables de dar cuenta a Dios del ejercicio de autoridad (RA7) y otros son responsables de conducirse con obediente respeto. Agustín toma inspiración de la Escritura: para explicar: “Vuestro superior no debe pensar de sí mismo[a] como afortunado por tener poder sobre vosotros (Lc.22: 25-26), sino por el amor con que os sirve (Gal. 5:13)... al contrario debe esforzarse por ser amado por vosotros y no temido, aunque tanto el amor como el respeto son necesarios” (RA 7). Esto supone un equilibrio difícil para el superior no porque se espera que “todo lo que está aquí escrito se ponga en práctica” sino más bien porque está obligado a ejercer juicio sobre los demás. Y para motivar en este asunto a los hermanos, Agustín añade a su instrucción estas palabras: “con vuestra genuina y caritativa obediencia, vosotros no solo mostráis tener compasión de vosotros mismos sino también de vuestro superior” (RA 7).

En sus *Confesiones* Agustín afirma que el que está investido de autoridad, como persona espiritual, está capacitado para “aprobar todo lo que encuentre aceptable y rechazar todo lo que considere impropio en las actividades y conducta de los creyentes” (XIII, 23, 34). Sin embargo ese peso debe compartirse con todos los miembros de la comunidad: el buen juicio debe ejercerse no solo por los que tienen autoridad espiritual sino también por aquellos que son súbditos en el mismo Espíritu (XIII, 23, 33).

Oración

El *ars vivendi* que propone la *Regla* no puede llevarse a cabo sin la dinámica interna que provee la oración. El texto concede primacía a este deseo radical del ser humano de alabar a Dios (I, 1,1). El énfasis que pone en “ser constantes en la oración (Col 4:2) en los tiempos y lugar señalados” (RA 2) y la alusión que hace al canto y recitación de los salmos e himnos (RA 2) indica claramente el papel central que ocupa la salmodia en la estructura de la vida comunitaria. Y con ello pone también de manifiesto la relación íntima que existe entre la *Regla* y las *Confesiones* donde Agustín da testimonio del impacto beneficioso que hizo en él esa práctica. Allí hacer notar cómo le ayudó a profundizar en el sentido de pertenencia a la comunidad de fe oyendo con deleite y gradualmente entendiendo el significado de lo que se cantaba (X, 33, 50).

El “sentido interior”, envuelto activamente en el proceso de “experimentar la verdad en

su intimidad” (IX, 4,10) se recoge en el principio que establece la *Regla*: “Cuando oráis a Dios con Salmos e himnos sienta el corazón lo que decís con la voz” (RA 2). La práctica no debe caer en una rutina en la que el sonido de las palabras se pierde sin rastro en la memoria, sino que permanece en la interioridad donde se escucha la voz de Dios.

En el último párrafo de la *Regla*, Agustín pide a Dios que conceda a los se han reunido en comunidad “observar todo lo que allí está escrito como amantes de la belleza espiritual” (RA 8) capaces de “difundir el suave aroma de Cristo a través de la bondad de su estilo de vida, no como esclavos bajo la ley sino como personas constituidas en libertad por la gracia” (RA 8). En esta ardiente oración Agustín exhorta a sus hermanos a una vida en la íntima y bondadosa presencia de Dios que da sentido a las grandes aspiraciones del ser humano y le re-forma como nueva criatura “recogida de la dispersión en Cristo” (XI, 29, 39). En ella encuentran su lugar la voluntad unificada (VIII, 8,19), la escucha atenta a la voz que habla al “oído interior” (XII, 9,9) y los dones que enriquecen a los que el amor ordenado de Dios ha congregado en la comunidad (XIII, 9,10).

La realidad última de la vida es Dios, la Eterna Belleza - *pulchritudo pulchrorum ómniium*- (III, 6, 10) que atrae el corazón del ser humano “al mismo ser de Dios” (VII, 17, 23). Agustín que lamentó su dispersión en otro tiempo clamando “tarde te amé, Belleza siempre antigua y siempre nueva!” (X, 27,39) ahora desea que esa Belleza sea el deseo y plenitud definitiva de aquellos que siguen su *Regla* de vida.

Conclusión

El peregrinaje espiritual de las Confesiones tiene como objetivo consolidar la decisión del retorno a Dios por la conversión a través de todas estas prácticas de carácter activo y contemplativo en las que los peregrinos con Agustín (X, 4, 6) ponen su atención durante el itinerario. La búsqueda de la verdadera sabiduría es un largo camino a través de lo desconocido, donde se experimenta “hambre y sed” (III, 6, 10) pero el esfuerzo no será en vano. Esa la esperanza que anima a Agustín hasta el fin de su narración y su diálogo con Dios: “Nosotros, hemos hecho un cambio y comenzado a hacer obras buenas con la ayuda de tu Espíritu...después de ellas esperamos descansar en tu inmensa santidad” (XIII, 38, 53).

A esa comunidad de lectores de todos los tiempos que Agustín ve en torno a las *Confesiones* les exhorta a buscar el sentido de la vida en la experiencia de conversión a Dios, los valores de la fraternidad y el testimonio cristiano ante el mundo. Es la práctica que une el principio con el final, la inquietud humana con el descanso en Dios: “Así se obtendrá, así se hallará, así se nos abrirá la puerta” (XIII. 38, 53).

Contactos: andresnino.osa@gmail.com,

